

Ramiro Segura

Des/composiciones urbanas

Producción de lugar en contextos de destrucción, abandono y agotamiento

Introducción

Este capítulo busca reflexionar sobre los procesos de destrucción, agotamiento y abandono tomando como punto de partida las dinámicas urbanas contemporáneas de des/composición. El foco analítico se centra, entonces, en las *des/composiciones* —escrito intencionalmente con barra oblicua o diagonal— en tanto busca evitar una perspectiva lineal y teleológica que pretendidamente iría desde lo compuesto hacia lo descompuesto. Interesa destacar, en cambio, las tensiones, las inestabilidades y las contradicciones involucradas en todo proceso de des/composición urbana, dando cuenta de los procesos de producción de lugar (*place-making*) en contextos de destrucción, abandono y agotamiento.

Para comenzar a transitar estas reflexiones, detengámonos brevemente en la siguiente fotografía (Fig. 1).

Tomé esta fotografía durante la pandemia de Covid-19, un día de invierno frío y soleado, en junio de 2021. La foto pertenece a una precaria vivienda autoconstruida por sus propios habitantes en un *asentamiento popular* de la periferia de la ciudad de La Plata, Argentina, más precisamente en la localidad periurbana de Abasto, situada en el eje oeste de la ciudad.

El periurbano oeste de La Plata —o, sencillamente, *el oeste*— constituye una zona tradicionalmente dedicada a la producción hortícola —actividad desarrollada por migrantes italianos y portugueses desde inicios del siglo XX quienes, desde las décadas de 1980 y 1990, fueron reemplazados por migrantes bolivianos— que en la actualidad produce más del 80% de las hortalizas que consumen las 14.000.000 de personas que habitan en la Región Metropolitana de Buenos Aires, de la cual el cinturón hortícola de La Plata constituye su límite sur.

En los últimos años, producto de la conjunción de nuevos modos de habitar, especulación inmobiliaria y dificultades de acceso a la vivienda en locaciones centrales de la ciudad para vastos sectores de la población, la zona atraviesa un vertiginoso proceso de expansión urbana sobre las tierras rurales: instalación de barrios privados y cerrados para clases altas y medias-altas, loteos inmobiliarios orientados a las clases medias y asentamientos populares producto de la toma co-

Ramiro Segura, Universidad Nacional de La Plata



Fig. 1: Vivienda autoconstruida, periferia de la La Plata, Argentina, junio de 2021. © Ramiro Segura.

lectica de tierras de heterogéneos sectores populares que coexisten con produc-
ciones hortícolas en un entramado extenso, difuso, de baja densidad y con pro-
fundos contrastes sociales.

Además de las disputas entre los usos rurales y urbanos del suelo, y de los con-
flictos entre desiguales grupos sociales, el área condensa procesos contradictorios
de destrucción, agotamiento y abandono urbano: el consumo de grandes cantidades
de tierra para la expansión urbana que desplaza a la agricultura tradicional, el uso
de agrotóxicos en una producción agrícola crecientemente intensiva y la configura-
ción de un territorio de profundos contrastes económicos, sociales y ambientales.

Muy probablemente, para la mayor parte de las personas la fotografía con
que abre este artículo representa un *lugar precario* dentro de este complejo entra-
mado urbano. Pero también me gustaría señalar que hay en la foto elementos
(como la pila de ladrillos al fondo de la imagen) que sugieren un *proceso de pro-
ducción de lugar* por parte los propios habitantes que construyen sus casas y su
barrio mientras lo habitan. Y otros elementos (como las flores del frente de la ca-
silla de madera) que indican un *trabajo de cuidado del lugar* que, yendo
bastante más allá de la respuesta instrumental a una necesidad central como la
vivienda en una situación extremadamente precaria, buscan embellecerlo, ha-
cerlo propio y tornarlo más disfrutable.

En el mismo sentido que vengo señalando, resulta sintomática la controversia topónimica sobre el lugar donde fue tomada la fotografía. Mientras las personas ajenas que residen en espacios cercanos se refieren al mismo con términos como “la toma”, “el asentamiento” o “la villa”, las personas que lo habitan (y lo están construyendo) se refieren al “barrio” como “Nuevo Abasto” y “Sin fronteras”. Con estos términos buscan eludir categorías con cargas semánticas negativas (villa, toma) y también proyectan un imaginario de futuro: ser parte de Abasto (la parte nueva, el nuevo Abasto) y que no existan fronteras (territoriales, étnicas) con el resto de la localidad.

Siempre me llamaron la atención las plantas y las flores en las precarias casas de un barrio que no tiene agua, cloacas ni veredas, entre otras cosas, pero en el que —como muchas de las personas dicen de manera recurrente— encontraron un techo bajo su cabeza a partir del cual construir su lugar. Las flores, pienso, en su fragilidad y en el requerimiento constante de cuidados, sugieren esa perseverante lucha desigual contra el abandono, el deterioro y la segregación.

Registrar estos procesos de des/composición no supone —como acertadamente señaló Donna Haraway (2019)— un optimismo ingenuo ni tampoco un quietismo cínico. Se trata, en cambio, de explorar el arte de vivir en un planeta dañado —como lo llamó Tsing (2023)—, de la posibilidad de desplegar la vida (necesariamente precaria, desigual) en las ruinas del capitalismo que, precisamente por los trabajos de composición (Descola 2016; Segura 2023), devienen un hogar colectivo.

El argumento de este artículo se desarrolla en tres etapas. En primer lugar, se abordan las específicas formas urbanas de la destrucción, el agotamiento y el abandono en el mundo contemporáneo. Luego se exploran los efectos y los afectos sociales de la destrucción creativa, enfatizando en la productividad de la negación y la destrucción. Por último, de regreso al caso concreto de la ciudad de La Plata con que abre este artículo, se describen y analizan las des/composiciones en la periferia urbana registradas etnográficamente. Cierran el artículo unas breves notas finales sobre la producción de lugar en contextos de destrucción, agotamiento y abandono.

Formas urbanas de la destrucción, el agotamiento y el abandono

Contra las imágenes de estabilidad propia de los planos y los mapas, las ciudades siempre han sido y son el resultado cambiante de procesos de construcción, decadencia, renovación y, sobre todo, demolición (Sarlo 2019). No debería sorprendernos, entonces, que las ciudades se transformen, que algunas se expandan mientras

otras decaen, que se construyan nuevos espacios mientras otros se abandonan. La historia humana registra en abundancia estos procesos en distintos tiempos y latitudes. De esta manera, lo novedoso de nuestro tiempo no es que el espacio urbano se transforme, sino las escalas, las velocidades y las lógicas en que se producen los procesos de destrucción, agotamiento y abandono.

David Harvey (2013) ha mostrado que la ciudad moderna, en tanto producto histórico de la acumulación de excedentes, se encuentra atravesada por la relación dialéctica entre la acumulación capitalista (de donde proviene el excedente necesario para la urbanización) y el proceso de urbanización (al que el capital recurre para absorber el excedente), siendo así un espacio clave para la valorización del capital. En el marco de este proceso que vincula acumulación y urbanización, Harvey lee la historia de las ciudades en los últimos dos siglos y la vertiginosa transformación de los modos de vida. Desde su interpretación, la urbanización acelerada ha sido una de las respuestas predilectas del capitalismo para la salida de las crisis de acumulación. Y este proceso ha tenido en los dos últimos siglos cambios crecientes en la escala geográfica y en la aceleración temporal: el movimiento inicial corresponde a la salida de la crisis de 1848 en París por medio de las reformas urbanas de Haussman que finalizan en la Comuna de París de 1871; el segundo movimiento se da prácticamente un siglo después, en 1942, cuando Robert Moses propone la urbanización de New York —y de todas las ciudades norteamericanas— como respuesta a la crisis iniciada en 1930, por medio de la articulación entre autopistas, industria automotriz y expansión suburbana durante el fordismo; y el movimiento al que estamos asistiendo corresponde a la masiva urbanización de China y luego del mundo. Primero fue una ciudad (París en el siglo XIX), luego un país (Estados Unidos en el siglo XX), actualmente una urbanización planetaria que se expande por todo el mundo (Segura 2021).

En estos distintos tiempos y escalas asistimos a la “destrucción creativa” de los mundos urbanos preexistentes, al desplazamiento y/o desposesión de grupos sociales y a la transformación radical de los modos de vida. No casualmente, en el marco de esta lógica histórica mayor, han proliferado diversos conceptos que buscan comprender lo que aquí englobamos bajo las “formas de la destrucción, el agotamiento y el abandono”: los desplazamientos y las desposesiones entendidas en clave de “gentrificación” (Smith 2012) y de “nuevos cercamientos urbanos” (Hodkinson 2012); la súbita reducción de la población de una ciudad por procesos de desindustrialización (como el paradigmático caso de Detroit) o por transformaciones socio-políticas abruptas (como ciudades del este de Europa) englobados bajo la categoría de *shrinking cities* (Adhya 2017), es decir, procesos de “encogimiento urbano”; la especulación inmobiliaria que, de manera análoga a las formas dominantes de la megaminería y los monocultivos contemporáneos, acapara tierras públicas, espacios verdes y activos ambientales para la valorización del

capital y ha sido descripta como “extractivismo urbano” (Vásquez Duplat 2017); e incluso el “urbicidio” que, como la contracara especular e invertida del “desarrollo urbano” (Carrión 2023), se manifiesta a través de distintas violencias (militar, económica, administrativa, planificadora) sobre las ciudades que destruyen la vida común en forma de procesos de renovación urbana (Berman 1996), estrategias militares neocoloniales (Coward 2004), políticas de austeridad y violencia contra la pobreza (Di Virgilio 2023), entre otras.

Cuando hablamos de las formas contemporáneas de la destrucción, el agotamiento y el abandono urbano, entonces, no nos referimos a los inevitables procesos de entropía a los que la ciudad —como cualquier otra materialidad— se encuentra sujeta, sino a lógicas de valorización del capital que se traducen en escalas siempre crecientes y en ritmos cada vez más frenéticos de “destrucción creativa”, los cuales modifican drásticamente la vida en común y colocan la pregunta por los efectos y los afectos de estos procesos.

Efectos y afectos de la destrucción creativa

En su profunda crítica a las perspectivas históricas modernas que suponen un proceso lineal y progresivo del desarrollo social, Walter Benjamin resaltó lo que ese huracán que llamamos progreso deja a su paso y que generalmente nos resistimos a mirar. El pasaje es bien conocido:

Hay un cuadro de Klee que se llama *Ángelus Novus*. En él se representa a un ángel que parece como si estuviese a punto de alejarse de algo que le tiene pasmado. Sus ojos están desmesuradamente abiertos, la boca abierta y extendidas las alas. Y este deberá ser el aspecto del ángel de la historia. Ha vuelto el rostro hacia el pasado. Donde a nosotros se nos manifiesta una cadena de datos, él ve una catástrofe única que amontona incansablemente ruina sobre ruina, arrojándolas a sus pies. Bien quisiera él detenerse, despertar a los muertos y recomponer lo despedazado. Pero desde el paraíso sopla un huracán que se ha enredado en sus alas y que es tan fuerte que el ángel ya no puede cerrarlas. Este huracán le empuja irremediablemente hacia el futuro, al cual da la espalda, mientras que los montones de ruinas crecen ante él hasta el cielo. Ese huracán es lo que nosotros llamamos progreso. (Benjamin 1989: 183)

La interpretación benjaminiana del ángel de Klee nos invita a atender al legado social, espacial y afectivo de las formas de la destrucción, el agotamiento y el abandono. Como mostró Gastón Gordillo (2018) en su ineludible libro *Los escombros del progreso*, esas formas nos recuerdan la multiplicidad fracturada que es todo lugar. Se trata de ir más allá del reconocimiento del momento negativo como una condición de la producción presente en autores como Schumpeter, que

pierden de vista el carácter trágico de la destrucción creativa (Segura 2006), y de avanzar hacia la comprensión de las dinámicas de “producción destructiva” y la positividad de la destrucción y el escombro (Gordillo 2018).

En esta dirección, ¿qué generan la destrucción, el agotamiento y el abandono? ¿Cuáles son sus efectos y sus afectos en los cuerpos y en las vidas de las personas involucradas? En la perturbadora ficción *Espacio negativo* de B. R. Yeager sobre la vida y la muerte (más precisamente el suicidio) de jóvenes en un suburbio norteamericano puede leerse: “El pueblo se estaba contrayendo. Cada mes parecía haber menos tiendas, menos restaurantes, menos casas. Menos gente. Todo se derrumbaba [...]. Todo se disolvía en terrenos baldíos. El vacío se estaba expandiendo” (Yeager 2023: 42).

De modos diversos, los estudios urbanos han mostrado y debatido sobre los efectos de la destrucción, el abandono y el agotamiento de los lugares: los desplazamientos más o menos forzados de la población, la baja de los precios de las propiedades, la desarticulación de las tramas sociales y colectivas, el incremento de la criminalidad e incluso la mayor incidencia de enfermedades mentales y el incremento de la tasa de suicidio que dio lugar a los debates sobre el fenómeno conocido como “efecto Glasgow”.

En uno de los relatos de viaje que integran *Islas del abandono. La vida en los paisajes posthumanos*, Cal Flynn recalca en Detroit. Una ciudad paradigmática de los veloces procesos de crecimiento urbano por la vertiginosa expansión del capitalismo industrial norteamericano (en este caso puntal, por la industria automotriz) y un posterior y más veloz aún proceso de destrucción, agotamiento y abandono debido a la deslocalización de dicha industria que llevó a la quiebra de la ciudad, a su encogimiento y a la huida de la mayor parte de su población, que pasó de 1,85 millones de habitantes en 1950 a 670.000 en 2019. Precisamente pocos años después de iniciado el proceso de retracción de la que hasta ese momento era el emblema de la pujante industria automotriz norteamericana, Detroit se transformó en la ciudad espacialmente fragmentada, socialmente desarticulada, culturalmente anómica y signada por el crimen organizado, donde se localizó la distopía futurista cinematográfica *Robocop*, dirigida por Paul Verhoeven en 1987.

Durante su viaje a Detroit, ya bien entrado el siglo XXI, Flynn identifica y describe la forma que adquiere el incontenible proceso de deterioro urbano que se despliega en la ciudad, conocido como *blight*. En efecto, para 2019 se encontraban vacíos 62 de los 360 km² de la superficie de la ciudad, se habían demolido cerca de 20.000 propiedades y más de 80.000 se encontraban vacías. En términos administrativos, para que una propiedad se clasifique como abandonada en Detroit debe estar simultáneamente vacante y exhibir lo que se conoce como “signos externos de blight”. ¿Cómo se distingue una vivienda vacía de una abandonada?, se pregunta Flynn. Y de manera sutil y muy gráfica, responde: “Las cortinas corridas,

el tambaleante montón de cartas en la galería, la fina capa de mugre en las ventanas, puertas y escalones, una sensación de flaccidez, de listones rígidos reblandecidos. De creciente humedad, una podredumbre invasora” (Flynn 2023: 130). Un deterioro progresivo, inercial e incontenible, convergente con la mencionada descripción de Yeager sobre la expansión del vacío...

A la vez, resulta particularmente relevante que la exploración de Flynn no se agota en estas formas del deterioro y el abandono; la autora identifica, en cambio, diversas formas de luchar contra el “blight” que despliegan de manera individual o colectiva las y los habitantes que, a pesar de todo (o porque no tienen otro lugar adonde ir), han permanecido en la ciudad: colgar cortinas en las ventanas de las casas abandonadas para que se vean habitadas; mantener colectivamente el césped de los parques; construir jardines comunitarios en los lotes vacíos producto de la demolición de edificios y viviendas. En definitiva, de manera análoga a las flores de una barriada popular en Argentina, nos encontramos antes formas — algunas probablemente infructuosas — de intentar habitar en paisajes atravesados por el abandono y el deterioro.

Des/composiciones en la periferia urbana

Registros como el de Flynn —y su libro está plagado de ellos— nos alertan contra una interpretación lineal que iría de lo organizado a lo desorganizado, de lo lleno a lo vacío, de lo pleno a lo deteriorado, de lo positivo a lo negativo, en fin, de lo compuesto a lo descompuesto. La ausencia de linealidad no implica sugerir que los procesos de destrucción, agotamiento y abandono sean inocuos o reversibles. Nada está más alejado de esta posición, en tanto enfatizamos los afectos y los efectos de estos procesos. Se trata de analizar, en cambio, el carácter inestable de las des/composiciones, reconociendo que la vida en común busca construirse incluso en espacios destruidos, deteriorados y abandonados. El hecho de que se construya sobre ruinas y escombros no es inocuo para esas vidas precarias y para esas construcciones frágiles, pero tampoco significa que necesariamente no se pueda intentar componer un mundo en estos escenarios.

La primera y trunca experiencia de campo del antropólogo francés Philippe Descola (2016) en Chiapas, México, en 1973, da pie a las reflexiones que siguen sobre las des/composiciones. En su investigación, Descola estaba interesado en las relaciones interétnicas entre lacandones y tzeltales, así como en las relaciones diferenciales que ambos grupos establecían con el entorno de la selva tropical. Para esto trabajó en un pueblo de la selva lacandona donde se habían instalado unos colonos tzeltales que habían huido de las tierras altas, su hábitat tradicional, ex-

pulsados por los latifundistas. Los tzeltales se vieron obligados a reconstruir, en un medio completamente distinto al altiplano, un mundo análogo al que habían abandonado y eso resultó muy difícil por razones ecológicas. Sin los puntos de referencia de las tierras altas, nos explica Descola, los tzeltales

trataban de manera obsesiva de reconstruir el paisaje físico y simbólico que habían perdido, así como la lógica social que le estaba asociada [...]. Yo era testigo de la lucha permanente librada por sus habitantes contra un medioambiente que no les era familiar, y de las estrategias que ponían en marcha para tratar de domesticarlo. (Descola 2016: 29)

Descola nos invita, pues, a dar cuenta de los *trabajos de composición* —el despliegue de mecanismos de identificación y relación que organizan las relaciones entre el sí mismo y los demás, los humanos y los no humanos, en un intento de “reconstrucción del mundo”— en el marco de procesos de destrucción, agotamiento y abandono.

Para ahondar en estas dinámicas, y antes de finalizar, quisiera retornar al *oeste* de La Plata, eje de expansión reciente de la trama urbana sobre tierras de vocación rural del que hablé al comienzo, un sector históricamente dedicado a la producción y el abasto de alimentos para la ciudad donde se evidencia una significativa multiplicación de los usos del suelo, así como la expansión de diversos tipos residenciales —asentamientos populares, urbanizaciones de clase medias y barrios cerrados— que se solapan y yuxtaponen a un paisaje de antaño pequeñas localidades rurales y quintas hortícolas (Segura et al. 2022) dando lugar a dinámicas de descomposición y recomposición del lugar.

Muy cerca del asentamiento popular en el que tomé la fotografía con que abre este artículo se encuentra “El Gigante del Oeste”, una reciente urbanización de clases medias llevada adelante por sus habitantes que se desplazaron desde el centro de la ciudad a la periferia en busca de un terreno donde construir sus viviendas y que muestra de manera privilegiada la dinámica de des/composiciones en contextos urbanos. “El barrio está rodeado de lotes vacíos. Al lado hay otro barrio que se llama El Centinela, que también es un barrio bastante grande, pero nos separa un terreno sin construcción”, describe Verónica¹, una joven abogada de 40 años que vive junto a su pareja y sus dos hijos pequeños. En efecto, una angosta y larga calle asfaltada que nace en una de las grandes avenidas que recorren la zona oeste constituye el único acceso al barrio. Esta calle funciona, además, como límite con El Centinela, un barrio de sectores populares preexistente. Los demás lados del barrio están ocupados por campos de producción hortícola, granjas con animales y, un poco más alejado, un

¹ Los nombres de las personas entrevistadas fueron cambiados para preservar el anonimato.

asentamiento popular, otorgando al conjunto un aspecto heterogéneo y contrastante de usos del suelo y de sectores sociales.

“No nos mudamos al Gigante del Oeste, al Gigante del Oeste lo inventamos nosotros”, me dijo Dominga (54 años, directivo de una escuela) una tarde en su casa. Se trata, en efecto, de un barrio producto de la organización entre 432 familias beneficiarias de un crédito inmobiliario estatal para la primera vivienda otorgado entre 2012 y 2015², quienes —incluso contando con el crédito— vieron imposibilitado el acceso a un mercado de suelo urbano formal, completamente desregulado y dolarizado. Ante esta situación, las familias se involucraron en un proceso de colectivización para adquirir tierra rural barata y relativamente próxima a la ciudad, demandar al Municipio de La Plata una modificación de los usos del suelo que habilitara la construcción del barrio y finalmente dotar a ese suelo de los servicios y la infraestructura básica para tornarlo apto para la urbanización: abrir las calles, colocar iluminación pública e instalar servicios de agua, luz y gas. Una vez alcanzados estos objetivos a finales del año 2015, los vecinos se involucraron en el diseño del barrio: lotearon un terreno de 22 manzanas, dejando espacio para una plaza pública y para un futuro centro comunitario, y luego distribuyeron los lotes entre las familias, donde posteriormente cada una comenzó a construir sus viviendas.

La relación entre formas asociativas de participación y producción de ciudad es una problemática persistente de los estudios urbanos latinoamericanos. Sin embargo, como ha mostrado Ventura (2021) a partir del estudio de otras experiencias colectivas de beneficiarios del mismo crédito en La Plata, el rasgo saliente de la producción de barrios como El Gigante del Oeste es el protagonismo de jóvenes familias de clase media en este proceso. Aunque no se trata de un *proceso de autoconstrucción* en sentido estricto, como los que han protagonizado los sectores populares en gran parte de las ciudades del Sur Global en las últimas décadas, comparte con la lógica de la “urbanización periférica”, tal como la entiende Caldeira (2017), un conjunto de características: una forma distintiva de agencia en la que los habi-

² El Programa de Crédito Argentino del Bicentenario para la Vivienda Única Familiar (ProCreAr) fue una política pública novedosa, orientada fundamentalmente a los sectores medios que, pese a la sostenida mejora de los indicadores económicos y sociales desde 2003, no tenían acceso al mercado hipotecario privado. Durante la implementación del programa existió un desacople entre las dimensiones económicas y territoriales del programa, observándose desajustes entre el éxito de la política de reactivación económica por medio de la construcción y la multiplicidad problemas en las políticas urbanas a nivel local. Sobre este último aspecto, el acceso al suelo urbano fue el principal factor limitante en la implementación del programa, profundizando la tendencia hacia la producción de espacio urbano extendido, difuso y de baja densidad que supone altos costos (sociales, económicos y ambientales) en el mediano y largo plazo (Segura/Cosacov 2019).

tantes son agentes de urbanización; un vínculo transversal con las lógicas oficiales en busca de resolver problemas de propiedad y regularización de la tenencia de la tierra; nuevas formas de la acción política que moviliza demandas y expectativas ciudadanas; y la creación de ciudades altamente heterogéneas y desiguales.

En este sentido, las tareas de “domesticación del espacio” (Giglia 2012), una experiencia generalmente asociada de manera unívoca a los sectores populares que primero “ocupan” un lugar, luego lo “habitán” y progresivamente “construyen” una vivienda y un barrio, fue constitutiva del proceso de “producción de la localidad” (Appadurai 2015) en El Gigante del Oeste.

Este proceso no se agotó en las gestiones para buscar y acceder al suelo para construir la vivienda y diseñar colectivamente el barrio, sino que se prolongó en el tiempo, involucrando diversas facetas de la vida cotidiana. Una vez construido el barrio los vecinos continuaron organizados, con un representante por cada una de las 22 manzanas que conforman el barrio y con el establecimiento de comisiones abocadas a resolver distintos problemas comunes (calles, forestación, seguridad, transporte, cloacas, etc.), así como para desarrollar actividades culturales y recreativas, como ciclos de cine, festejos del día del niño y conmemoraciones patrias como la Revolución de Mayo o el día de la memoria, entre otras. Se trata, en definitiva, de un barrio “inventado” por sus habitantes tal como sostuvo Dominga.

Como mostraron Benson y Jackson (2013) para barrios de clase media en Londres, resulta indudable que en estas prácticas de “place-making” se relacionan lugar de residencia, sentido de pertenencia y posición de clase. Los habitantes de El Gigante del Oeste no solo residen ahí, sino que “hacen un lugar de clase media” por medio de intervenciones en el espacio barrial orientadas a generar “mejoras” en el espacio construido, como el mantenimiento de las calles, la iluminación del espacio público, la forestación de la plaza, entre otras actividades, así como generan pertenencia con el lugar en que residen por un conjunto de prácticas cotidianas, como organizar actividades compartidas, comprar en el barrio y renovar las casas, es decir, territorializarse como una forma de la pertenencia. A la vez, la composición de lugar no se agota en la producción de un barrio de clase media, sino que se vincula con una angustia más profunda del habitar en la periferia. Se trata, en efecto, de un trabajo de composición de lugar (de clase media) en un espacio periférico desconocido previamente para las familias que migraron ahí, que carece de muchos de los bienes y servicios típicamente urbanos, ocupa un lugar subordinado en la jerarquía urbana y tiene una carga semántica negativa en el imaginario de la ciudad. Reflexionando sobre la experiencia de los tzetales de tierras altas desplazados en las selváticas tierras bajas Descola aventuró una sugerente hipótesis: “Uno de los medios [de luchar contra un ambiente que no les era familiar] consistía en encerrar el pueblo en forma permanente en una bur-

buja de ruido ‘civilizado’ para mantener a distancia la inquietante alteridad de la selva y de sus ocupantes” (Descola 2016: 29).

El ruido “civilizado” constituye, entonces, un medio para acallar a la selva circundante. De modo análogo, podemos pensar que las prácticas de “place-making” de un barrio de clase media por parte de familias que recientemente migraron a la periferia oeste para acceder a una vivienda propia en un entorno que combina la doble proximidad de la producción rural y de los sectores populares buscan *producir urbanidad*. Por medio de la organización de encuentros, actividades y festejos buscan apropiarse del entorno y dotar de vitalidad al espacio público local, una de las vías por medio de las cuales componer un lugar donde habitar del modo más confortable posible.

Reflexiones finales

Ante un proceso de urbanización mundial que tiende hacia la desarticulación veloz de modos de vida, el incremento de las desigualdades y el agotamiento de los recursos ambientales, intenté reflexionar y mostrar en estas notas los modos en que las y los habitantes despliegan prácticas y se involucran activamente en la composición —precaria e inestable— de lugares para habitar. Lo urbano se deshace y se rehace de maneras creativas por medio de composiciones muchas veces frágiles y no en pocas oportunidades contradictorias, pero de todos modos ineludibles en el proceso de habitar y establecer vínculos con el entorno construido en el que se cohabita con personas y grupos diferentes y desiguales (Segura 2023).

El análisis de las formas en que diferentes personas se involucran para producir, regular y/o compartir un espacio común sin perder de vista las diferencias y las desigualdades que se identifican, negocian y no necesariamente diluyen en ese proceso, permite describir de manera situada los procesos de urbanización contemporáneos. No solo hay destrucción de la ciudad y de lo urbano, sino también prácticas situadas de producción de urbanidad en un escenario que cambia vertiginosamente por la convergencia de múltiples agentes y procesos que modelan el espacio urbano.

En síntesis, no se trata de desconocer los procesos de destrucción, agotamiento y abandono presentes en estas dinámicas, los cuales tienen efectos concretos y promueven afectos tangibles en el espacio urbano. Se trata de reconocer, en cambio, el carácter inestable de las des/composiciones y testimoniar la vida en común que busca construirse en espacios destruidos, deteriorados y abandonados. Vidas precarias y construcciones frágiles, sin dudas; pero a la vez indicios del despliegue de prácticas de composición de lugar en las ruinas del capitalismo.

Bibliografía

- Adhya, Anirban (2017): *Shrinking cities and the first suburbs*. Southfield: Palgrave Macmillan.
- Appadurai, Arjun (2015): *El futuro como hecho cultural. Ensayos sobre la condición global*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económico.
- Benjamin, Walter (1989): "Tesis de Filosofía de la Historia". En: *Discursos Interrumpidos I*. Buenos Aires: Taurus, pp. 175–191.
- Benson, Michaela/Jackson, Emma (2013): "Place-making and place maintenance: Performativity, place and belonging among the middle classes". En: *Sociology*, 47, 4, pp. 793–809.
- Berman, Marshall (1996): "Falling towers: city life after urbicide". En: Crow, Dennis (ed): *Geography and identity: exploring and living geopolitics of identity*. Washington: Maisonneuve, pp. 172–192.
- Caldeira, Teresa (2017): "Peripheral urbanization: Autoconstruction, transversal logics, and politics in cities of the global south". En: *Environment and Planning D: Society and Space*, 35, 1, pp. 3–20.
- Carrión, Fernando (2023): "Urbicide. The Liturgical Murder of the City". En: Carrión, Fernando/Cepeda, Paulina (eds.): *Urbicide: The Death of the City*. Cham: Springer, pp. 25–45.
- Coward, Martin (2004): "Urbicide in Bosnia". En: Graham, Stephen (ed.): *Cities, war and terrorism: towards an urban geopolitics*. Oxford: Blackwell, pp. 154–171.
- Descola, Philipe (2016): *La composición de los mundos*. Buenos Aires: Capital Intelectual.
- (2012): *Más allá de naturaleza y cultura*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Di Virgilio, Mercedes (2023): "Urbicide: Towards a Conceptualization". En: Carrión, Fernando/Cepeda, Paulina (eds.): *Urbicide: The Death of the City*. Cham: Springer, pp. 59–75.
- Flyn, Cal (2023): *Islas de abandono. La vida en los paisajes posthumanos*. Buenos Aires: Fiordo.
- Giglia, Angela (2012): *El habitar y la cultura. Perspectivas teóricas y de investigación*. Barcelona: Anthropos Editorial.
- Gordillo, Gastón (2018): *Los escombros del progreso. Ciudades perdidas, estaciones abandonadas y deforestación sojera en el norte argentino*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Haraway, Donna (2019): *Seguir con el problema. Generar parentesco en Chthuluceno*. Buenos Aires: Cosonni.
- Harvey, David (2013): *Ciudades rebeldes. Del derecho a la ciudad a la revolución urbana*. Madrid: Akal Ediciones.
- Hodkinson, Stuart (2012): "The new urban enclosures". En: *City*, 16, 5, pp. 500–518.
- Sarlo, Beatriz (2009): *La ciudad vista*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Segura, Ramiro (2023): "The (Un)made City: Spatial Fragmentation, Social Inequalities and (De) compositions of Urban Life". En: Carrión, Fernando/Cepeda, Paulina (eds.): *Urbicide: The Death of the City*. Cham: Springer, pp. 359–376.
- (2021): *Las ciudades y las teorías. Estudios sociales urbanos*. San Martín: UNSAM Edita.
- (2006): "Innovación, empresario y destrucción creativa. Una lectura de Schumpeter como teórico de la modernidad". En: *Documentos de Trabajo del Littec*. Universidad Nacional de General Sarmiento: Laboratorio de Investigación sobre tecnología, trabajo, empresa y competitividad.
- Segura, Ramiro/Cosacov, Natalia (2019): "Políticas públicas de vivienda: impactos y limitaciones del Programa ProCreAr". En: *Ciencia, Tecnología y Política*, 2, pp. 1–12.
- Segura, Ramiro/Musante, Florencia/Pinedo, Jerónimo/Ventura, Violeta (2022): "Entrar, quedarse y salir. Formas de habitar la periferia durante la pandemia". En: *Bitácora Urbano-Territorial*, 32, 3, pp. 253–266.
- Smith, Neil (2012): *La nueva frontera urbana. Ciudad revanchista y gentrificación*. Madrid: Traficantes de sueños.

- Tsing, Anna (2023): *Los hongos del fin del mundo. Sobre la posibilidad de vida en las ruinas capitalistas.* Buenos Aires: Caja Negra.
- Vásquez Duplat, Ana María (ed.) (2017): *Extractivismo urbano. Debates para una construcción colectiva de las ciudades.* Buenos Aires: Fundación Rosa Luxemburgo/Ceapi/El Colectivo.
- Ventura, Violeta (2021): “Las clases medias y los desafíos de la participación: procesos de ciudadanización en la producción de ciudad (La Plata, Argentina. 2013–2015)”. En: *Hábitat y Sociedad*, 14, pp. 223–241.
- Yeager, B. R. (2023): *Espacio negativo.* Buenos Aires: Caja Negra.

